

que produjo necesariamente el fraccionamiento de la Alemania. Pero, al menos, el mal no quedó sin compensación: la libertad religiosa fué consagrada por el mismo tratado que desmembró el imperio. Y en cuanto á la libertad política reconocida á los príncipes, si es cierto que debilitó el imperio, también garantizó la existencia de la Reforma, y, por consecuencia, la libertad de pensar. ¿Y no es el libre pensamiento la eterna gloria de la Alemania? Bien vale esa gloria el precio de ser ganada en los campos de batalla (a).

§ II.—La Casa de Austria.

Los protestantes reunidos en Heilbronn en el año 1633 escribieron al rey de Francia: "Lo que se ha hecho estos años pasados en las guerras de Mantua y de Suiza demuestra bastante que el deseo de dominación del enemigo no se encierra en los límites de su país, sino que esa monarquía universal, tan bien disfrazada, toca también á nuestros vecinos, y que esta Casa (la de Austria) quiere sentar los fundamentos sobre las ruinas de nuestra libertad, y, así apoyada; destruir más fácilmente los demás reinos y repúblicas. La Francia ha experimentado ya durante algunos siglos adónde se encaminan los designios de España; y hoy lo mismo lo experimentaría si el enemigo llegase á subyugarnos." (1). Richelieu lanzó la misma acusación contra la rama española de la Casa de Austria: "¿Qué otra cosa han hecho los Españoles desde el tratado de Vervins más que engrandecerse á expensas de sus fieles vecinos y pasar de provincia en provincia, y como una hoguera á quien el combustible más próximo sirve de pábulo para llegar al más apartado, subyugar un país después de otro, según la proximidad del últimamente ocupado? Lo mismo pretendían hacer con todos los Estados de Europa, y llegar por ese me-

(a) Laurent da aquí un tropiezo mayúsculo. Más adelante nos hablará de Gnocio y de su *Derecho de guerra*, y ya veremos allí que su criterio es empírico y falso, porque no descansa en principio alguno que merezca este nombre; y aquí lo revela bien claramente. El buscar la gloria de sostener una causa justa, ¿es causa bastante para hacer la guerra? Error erasísimo. La hicieron en Alemania el cardenal Richelieu, que no aspiraba á la gloria de hacer triunfar la Reforma ni la libertad del pensamiento. Y la Alemania ganó sin saberlo una gloria que se convirtió en provecho para los que se la ganaron y en puro daño para ella. Esa conclusión de Laurent, con ademanes de aforismo liberal, es un sarcasmo para Alemania. La libertad y la verdad y la justicia no son casuistas.—(N. del T.)

(1) *Negociaciones de FEUQUÉRES*, t. I, p. 216.

dio á la monarquía universal de la cristiandad, que es el único límite de su divisa." (1).

La Casa de Austria rechazó vivamente la imputación que servía de motivo ó de pretexto á la coalición del rey cristianísimo con los príncipes protestantes de Alemania, con la Suecia y la Holanda. En una *Advertencia á los embajadores de Francia respecto de las cartas por ellos escritas á los príncipes del imperio*, la acusación de monarquía universal es tratada de "sueño que solo puede salir de cabezas calenturientas, y hacerse creer sólo á gentes que hayan perdido el juicio." "La Casa de Austria, solamente por medios suaves y moderados, tales como las alianzas, las herencias y la concordia doméstica, ha llegado á ese estado de poder que no han podido alcanzar sus rivales por medio de turbulentas facciones y de trastornos sin cuento." (2). Los historiadores alemanes abundan en esas ideas: "Ni Fernando II ni Felipe pensaron nunca en semejante monarquía: espíritus estrechos, no mostraron energía más que en la reacción católica, persuadidos como estaban de que aquella era la causa de Dios. Pero en ellos no se descubre esa vasta ambición que gratuitamente se les supone." (3).

Entre esas opiniones contradictorias, los hechos decidirán. Que la rama mayor de la Casa de Austria haya tenido la ambición de la monarquía universal no puede ponerse en duda. Un escritor español, Andrés de Mendoza, en un libro dedicado á Carlos I de Inglaterra cuando aún era príncipe de Gales, se atrevió á llamar á Madrid la *capital del mundo*: "Y lo es, dice, con más justo título que lo era Roma antiguamente, tanto más cuanto que por derecho natural y de sucesión, el imperio del mundo asienta en la persona del rey Felipe; toda vez que el sol no se pone en sus Estados, lo que no se podía decir del imperio romano, y las armas españolas dan la ley á la mayor parte del universo, en Italia, en Alemania y acaso en África." (4). La política de Felipe III fué tan invasora como la de su padre; á pesar de la paz de Vervins continuó sus intrigas en Francia para excitar á los descontentos, y se alió hasta con los hugonotes para destruir la monarquía de Enrique IV ó para

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VIII, p. 218, 302, 307.

(2) *Negociaciones secretas de Munster relativas á la paz*, t. I, página 362.

(3) A. MENDEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 234.

(4) *Mercurio francés de 1626* (t. XII, p. 782).

debilitarla, al menos, desmembrándola. También abandonó sus pretensiones á la Inglaterra; y dueño de la Italia por la posesión de Milan y de Nápoles, quiso enlazar sus inmensos dominios, apoderándose de la Valtelina, y aun codició la Bohemia y la Hungría. Consideraba á los reyes de Inglaterra y de Francia como soberanos de un rango inferior, y sus embajadores llegaron á sostener que un monarca tan grande como el rey de España no podía estar obligado por los tratados, y que no reconocía otras leyes más que su moderación y su clemencia (1). Por grande que sea el contraste entre esas extravagantes pretensiones y las flaquezas de los príncipes que ocupaban el trono de España, la corte de Felipe III no modificó en nada el tono arrogante que venía siendo de estilo en las relaciones con los otros Estados: no parece sino que, á fuerza de orgullo, se querían ocultar al mundo las llagas que destruían el imperio de Carlos V. Quizá también los Españoles se hacían ilusiones respecto de su decadencia. Al paso que el consejo de Castilla daba la voz de alarma viendo la despoblación de España, aconsejaba á Felipe III que continuara la política de sus antepasados, y creía que, conllevando bien sus recursos, el rey podía llegar á ser el señor del mundo. Ese señor del mundo era casi imbécil; con gran trabajo había aprendido la gramática y algunos trozos de Santo Tomás; á eso se limitó su desarrollo intelectual. En la parte moral permaneció siempre en la infancia; ni aun tuvo voluntad bastante para elegir una mujer. ¡Su grande ambición se reducía á que la Iglesia consagrara el dogma de la Inmaculada Concepción! (2).

Esa mojigatería, que nos parece en un rey tan fuera de su lugar, contribuyó en el siglo XVII á mantener el prestigio de la superioridad española; el rey de España era siempre el rey católico por excelencia, el protector de la Iglesia y de todos los creyentes. Richelieu dice que aquello era política é hipocresía: "La religión no es más que una máscara con que se cubren la cara; tener á Dios y á la Virgen en la boca, la religión en los labios, un rosario en la mano y el corazón poseído de intereses materiales, hé ahí la primera máxima de estado de esa nación soberbia." (3). El testimonio del cardenal

(1) SIMONDI, *Hist. de Francia*, t. XXII, p. 419.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, páginas 440, 131 y siguientes.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 293, 383; t. IV, p. 143.

es sospechoso, porque como él no se decidía nunca más que por razones de Estado, en ninguna parte quería ver más que política. Los reyes de España dieron pruebas demasiado manifiestas de su fanatismo, para que pueda dudarse de él. Cuando se deliberó sobre la suerte de los moriscos se consultó al papa; Paulo V y los cardenales fueron de parecer que era necesario extirpar aquella raíz de herejía sin piedad ni misericordia, porque la Escritura Santa nos dice que el árbol que no produce buenos frutos debe cortarse y echarlo al fuego (1). El rey siguió aquel funesto consejo, el cual ciertamente no estaba dictado por el interés político. En la gran lucha del siglo XVII, la España se dejó igualmente arrastrar por motivos religiosos; un testigo ocular y bien informado es el que lo dice. Al principio de la guerra de los treinta años, la rama alemana de la Casa de Austria se encontraba en grandísima angustia; Fernando reclamó socorros á Madrid, y su embajador, el conde de Khevenhiller, se queja amargamente de no haber encontrado en los ministros de Felipe III más que ignorancia de los asuntos de Alemania ó mala voluntad; sin el apoyo de la religión, sus negociaciones hubieran fracasado: "¿Qué es lo que tiene el rey de comun con el imperio?" le decían el duque de Uceda y el confesor de Felipe, que gobernaban la monarquía. En vano el enviado austriaco insistió con el confesor invocando los vínculos de parentesco que unían á las dos ramas de la Casa de Austria; en vano le mostró que estaba de por medio la religión; el confesor se mantuvo inflexible, y fué necesario que el conde de Khevenhiller apelase directamente á los sentimientos religiosos del rey y le dijese que sería responsable de la salud eterna de millares de fieles que la victoria de los protestantes mantendría en la herejía. Entonces Felipe III cedió (2). En realidad, el interés del catolicismo se confundía con su ambición: la monarquía universal, con la que los Españoles estaban tan orgullosos como si fuesen ya los señores del mundo, no tenía razón de ser si los reyes católicos no eran los campeones de la Iglesia nacional.

Lo mismo sucedía con la rama alemana de la Casa de Austria. Antes del advenimiento de Fernando, el papel que desempeñó en el mundo polí-

(1) KHEVENHILLER, *Anales Ferdinandei*, ad a. 1608 (t. VII, página 253).

(2) KHEVENHILLER, *Anales Ferdinandei*, ad a. 1609 (t. IX, páginas 702-706; t. X, p. 91).

tico fué poco importante. Jefes efectivos de un imperio medio protestante y medio católico, ligados por la paz de religion, los emperadores de Alemania no podían ser ya los defensores de la Iglesia. Fernando II, más convencido ó más fanático que sus predecesores, quiso tomar el papel que en la Edad Media desempeñaba el santo romano imperio. Richelieu acusó a Austria como á España de que se cubría con el manto de religion para fascinar los ánimos de la cristiandad (1). El profundo político se engañaba ó quería engañar: tenía intereses en que la guerra de treinta años pasase por ser una guerra política: príncipe de la Iglesia, debía contemporizar con las pasiones católicas; y ministro del rey cristianísimo, tenía que luchar contra un poderoso partido que, con la causa del catolicismo en la mano, acusaba al cardenal por sus alianzas protestantes como de un crimen, puesto que sostenían la Reforma. En esas acusaciones había de cierto el que los intereses políticos y religiosos de la Casa de Austria estaban estrechamente ligados; por consiguiente, el atacar sus pretensiones á la monarquía era tanto como hacer guerra á la Iglesia y favorecer al protestantismo. Pero á virtud de ese mismo lazo entre el catolicismo y la monarquía era también cierto que el príncipe que se declaraba campeón de Roma iba fatalmente arrastrado de una parte á destruir el protestantismo, y de otra á extender su dominación por toda la cristiandad. Tal fué el papel que Fernando (2), á quien sólo faltó la victoria para realizar la ambición de Roma al mismo tiempo que la de la Casa de Austria.

Después de la victoria de Praga, Fernando quitó al desgraciado palatino la dignidad electoral para dársela al vencedor, el duque de Baviera. Inútil es insistir en la ilegalidad del acto que los más moderados historiadores alemanes califican de un golpe de Estado (3). De esa manera violaba el emperador la constitución de que era guardian. El fin político que perseguía era evidente, y no lo era ménos el religioso. Dando al duque de Baviera la dignidad electoral, Fernando le ligaba para siem-

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. V, p. 117.

(2) Él mismo dice en una carta dirigida al embajador de España: «La conservazione et l'essaltazione della nostra santa fede, è consequente della casa nostra» (MEYER LOUDORP, Suplemento, III, 691).

(3) SAALFELD, *Allgemeine Geschichte der neuesten Zeit*, t. I, página 174.

pre á su causa, como queda un cómplice atado al autor del crimen de que se aprovecha. Al mismo tiempo que se fortalecía para la lucha, el jefe de la Casa de Austria aseguraba una preponderancia definitiva al catolicismo dándole mayoría en el colegio electoral; hé ahí por qué el papa excitó al emperador á tomar una medida que debía perpetuar la lucha; por qué los príncipes católicos, justificando el medio por el fin, aplaudieron el decreto ilegal que les prometía la victoria sobre el protestantismo. El edicto de restitución fué el fruto de la victoria contra el rey de Dinamarca. También tenía un doble carácter religioso y político, puesto que, favoreciendo al catolicismo aumentaba Fernando el poder de su casa. La secularización de los bienes eclesiásticos en provecho de los príncipes protestantes aumentaba la influencia de un elemento hostil al emperador. Fernando quiso reconstituir los principados eclesiásticos de que disponía como campeón y aliado de Roma (1). Era ya antigua política de los emperadores apoyarse en los príncipes eclesiásticos para contrarrestar el poder, cada día más independiente, de los príncipes seculares.

Tales fueron los primeros actos de Fernando: uno y otro tendían á reconstituir la Iglesia y el imperio en el sentido de la unidad de la Edad Media. ¿Obraba Fernando sistemáticamente? Lo ignoramos; pero siempre resulta que al ayudarle la victoria, obraba como soberano absoluto. Dispuso de los principados como dueño más bien que como emperador. Se necesitaba un título de príncipe para recompensar al ilustre general que acababa de vencer al rey de Dinamarca, y Fernando despojo á una antigua casa para titular á Wallenstein; no hubo sentencia del colegio de electores contra el duque de Mecklemburgo, ni defensa, ni acusación, nada más que un decreto arbitrario del emperador. La expoliación de los duques de Mecklemburgo, así como la del elector palatino, fué inspirada por los jesuitas, que eran el mal genio de Fernando (2). La Iglesia tenía interés en que el emperador llegase á ser absoluto, porque su poder absoluto daría la victoria al catolicismo. En vano los historiadores alemanes protestan, diciendo que Fernando no era de carácter tiránico y que en todo

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. XI, pág. 172 y siguientes.

(2) KHEVENHILLER, *Anales Ferdinandei*, t. VII, p. 67.

pensaba ménos que en abolir la constitución del imperio; el hecho es que él la violaba en todas ocasiones, decidiendo las contiendas de los príncipes por su única voluntad. Wallenstein decía que sólo debía haber un jefe en Alemania, así como no había más que un rey en España y en Francia (1); el emperador obraba en esa conformidad. Después de haber despojado al elector palatino y al duque de Mecklemburgo, proyectaba dar el ducado de Wurtemberg á uno de sus generales, y el elector de Sajonia, su estúpido aliado, hubiera tenido la misma suerte (2). Richelieu no hacía mal en decir «que el emperador despojaba á su antojo, primero á los que le habían sido contrarios, luego á los que tenía por sospechosos, después á los que habían observado estricta neutralidad, y por último, á los que le habían permanecido fieles. En fin, añadía, el emperador, con pretextos especiosos, lleva trazas de hacerse dueño de la Alemania y convertirla en una monarquía absoluta, anulando las antiguas leyes de la república germánica, sobre las que está fundada la autoridad imperial», (3).

Hé aquí, no los proyectos, sino los actos de Fernando en Alemania. Poco importan sus primeras intenciones; la fuerza de las cosas le dominaba, llevándole á realizar la unidad religiosa de la Alemania por medio de la violencia y los golpes de Estado. La Casa de Austria no ha tenido nunca trazas de conquistadora, y Fernando, que al principio de su reinado se vió sitiado en Viena por los rebeldes de Bohemia y de Hungría, no podía alimentar la ambición de la monarquía universal. Pero en materia de dominación, como dice Richelieu, el apetito se abre comiendo: señor de la Alemania, Fernando llevó sus miras á la Europa. El jay de los vencidos! parece que vino á ser la divisa del emperador. Después de haber derrotado al rey de Dinamarca, quiso tratarle como al elector palatino; Wallenstein significó á los Daneses, con la brutalidad del soldado, que si se negaban á tener por rey al emperador, serían tratados como esclavos; pero que si lo elegían, conservarían su libertad y su religion (4). Fernando pensó en hacer valer los de-

rechos del imperio sobre la Italia por la vía de las armas, como en Alemania. Despojó al duque de Mantua, porque era súbdito de los reyes de Francia. Una vez dueño de Mantua, contaba con apoderarse de los territorios de Venecia en tierra firme; la independencia de la república era una piedra de escándalo para la Casa de Austria. «Es necesario, decía el embajador de España, que la nueva Cartago sucumba ante los herederos de Roma; así se enseñará á los italianos que hay todavía un emperador.» La santa sede no estaba á cubierto de esa política invasora; Fernando hablaba de hacerse coronar, y se proponía reivindicar con ese motivo los derechos del imperio á los Estados del papa. El nombre del general que se encargó de esa misión dice más que todos los proyectos. Wallenstein lanzaba ya terribles amenazas: «Hacia ya cien años que Roma no había sido saqueada, y debía estar mucho más rica que en tiempo de Carlos V.» En fin, la Francia misma no evitaba la avidez imperial. Fernando quería reconquistar los tres obispados que había ocupado Enrique II á título de protector de la libertad germánica; ¿y qué no hubiera pretendido el sucesor de los Césares y vicario temporal de Cristo si le hubiera favorecido la victoria (1) (a).

¿Cuál era la política natural de los príncipes protestantes en vista de aquella ambición creciente? La resistencia y la coalición. Los protestantes de Alemania no se atrevieron á resistir al emperador; pero Fernando, al extremar las cosas, despertó felizmente los temores del extranjero; fué un mal genio el que le inspiró el edicto de restitución. El conde de Khevenhiller, celoso católico y partidario decidido del emperador, hizo sobre ese punto un relato lleno de interés: «Las victorias ganadas por Fernando contra el rey de Dinamarca y los protestantes alarmaron á los príncipes y al mismo papa. Un cardenal propuso un medio de arruinar á la Casa de Austria: era el explotar los sentimientos religiosos del emperador, excitándole á quitar á los protestantes los bienes eclesiásticos que habían

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, páginas 545-547.

(a) El lector deducirá de todo este alegato en favor de la política de Richelieu que lo de la monarquía universal, atribuida aspiración de la decrepita Casa de Austria en ambas ramas, no es otra cosa que un espantajo de que la Francia, sus reyes y sus ministros se sirvieron más ó ménos hábilmente para suplantár á la Casa de Austria é ir un poco ó un mucho más lejos que ésta.—(N. del T.)

(1) El conde de Donha decía lo mismo: que el emperador quería ejercer en Alemania un *dominium absolutum* (MENZEL, *Geschichte Schlesiens*, t. II, p. 408).

(2) KHEVENHILLER, *Anales Ferdinandei*, t. XI, p. 62.—J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*, c. VI.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. V, p. 120-123.

(4) FÖRSTER, *Wallenstein Briefe*, t. I, p. 67, carta CXIX.

usurpado despues de la paz de Angsburgo. De ello resultaría un descontento universal contra Fernando, y de él se sacaría partido para llamar al rey de Francia, el cual invadiría el imperio como protector de la libertad germánica pisoteada por el duque de Wallenstein. Al mismo tiempo se fundaría una república en los Países-Bajos, y con el apoyo de los Holandeses sería fácil quitar á España sus colonias, arruinar su comercio y encerrarla en la Península. Entónces dejaría de ser la Casa de Austria, (1).

Ponemos en duda que ese discurso del cardenal sea serio; el analista imperial habrá puesto en boca de un príncipe de la Iglesia los temores que no se atrevía á expresar en su propio nombre. Lo cierto es que la ambición de la Casa de Austria aterró á la Europa y provocó la coalición de Francia, Suecia, Holanda y los protestantes de Alemania para sostener la libertad de los príncipes y de la república. Esos propósitos se descubrieron ya en el año 1636, ántes que Richelieu hubiese tomado una parte activa en la lucha; no es, pues, él quien ha inventado el espantajo de la monarquía universal. Tenemos un testimonio interesante de la opinión general en el discurso de un embajador, de Bethleem Gabor, que el cardenal Caraffa nos ha trasmitido. Para formar una coalición contra la Casa de Austria se abrieron conferencias en el Haya. "Esa Casa, dijo el príncipe de Transilvania, no ha cesado de aspirar á la monarquía universal. Principia Fernando por subyugar la Alemania; y destruida la libertad germánica, ¿qué será de la independencia de Holanda, de Dinamarca, de Francia y de Inglaterra? No hay más que un medio de prevenir ese peligro, y es el de que todos aquellos que deben temer la preponderancia de uno solo unan sus fuerzas y tomen partido á favor de los oprimidos; mientras que combatan aislados, su derrota será segura. Hay que comprometer en la alianza al rey cristianísimo, al duque de Saboya, á la república de Venecia y al Turco mismo, puesto que se trata de la salud de todos los pueblos, (2). Nosotros añadiremos, con un gran historiador, que ántes que del equilibrio europeo, se trataba de la libertad de pensar, y, por consecuencia, de la civilización moderna. La dominación de la Casa de Austria ha

sido funesta á la cultura intelectual, así en España como en Alemania, lo cual era inevitable, porque la monarquía universal lleva en pos de sí el despotismo civil y religioso. ¿Qué hubiera sido de la Europa si la reacción católica hubiera triunfado? Una especie de Turquía cristiana, como dice Juan de Müller (1).

§ III — Los protestantes de Alemania.

I.

Los príncipes protestantes tenían que defender la libertad religiosa, amenazada por la reacción católica, cuyo jefe era Fernando. En otra parte hemos dicho que no supieron ni prevenir el mal ni combatirlo (2). Lo mismo á los príncipes protestantes que á la Alemania les faltaba espíritu de unidad; y en vez de servir la Reforma de lazo de unión, aumentó la discordia: luteranos y calvinistas se odiaban recíprocamente más todavía que al enemigo comun. Cuando el elector palatino fué llamado al trono de Bohemia, les hubiera sido fácil anonadar para siempre á la Casa de Austria y asegurar la preponderancia, ya que no la dominación en Alemania, al protestantismo; bastaba para ello que se hubieran unido contra el enemigo comun. Pero en lugar de eso se vió, ¡cosa increíble! al más poderoso de los príncipes luteranos aliarse con el emperador y contra sus correligionarios. Y es que el elector palatino era el jefe del calvinismo, y el duque de Sajonia un luterano fanático, á lo cual hay que agregar el miserable interés de engrandecimiento territorial. Hé ahí cómo aconteció que el príncipe que hubiera debido ponerse al frente del partido protestante contra las invasiones del catolicismo hizo traición á los intereses de la Reforma.

La causa del protestantismo no encontró defensores más que en algunos heroicos aventureros. Despues de su derrota y su muerte fué necesario recurrir á la intervención extranjera. Débilmente socorrido el rey de Dinamarca por los protestantes, en cuyo interés había tomado las armas, sus aliados le abandonaron en cuanto fué vencido. El protestantismo, así como la libertad de Alemania,

(1) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbüd*, c. XIV: «Die Christenheit Würde an Licht und Cultur unter ihnen ziemlich türkisch geworden sein.»

(2) Véase la parte novena de mis *Estudios históricos*.

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandi*, t. XI, p. 427-430.
(2) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 238.

hubieran sucumbido si para salvarles no hubiese enviado Dios á Gustavo Adolfo. Los príncipes alemanes no se atrevieron á pedir su intervención, ni siquiera á pronunciarse en su favor, y trataron como enemigo al que venía á salvarles; sólo cuando la victoria se declaró por el héroe sueco se colocaron bajo sus banderas, y esto bajo la impresión de la necesidad. Aun despues del edicto de restitución, y despues del acto expoliato del duque de Mecklemburgo, no comprendieron que la unión era su única esperanza de salud. Mientras que vivió el rey de Suecia fuerza les fué someterse al ascendiente de un espíritu superior; pero despues de su muerte todo se desbarató. Richelieu y el canciller Oxenstiern ensayaron ó trataron de unir á los Estados protestantes en una fuerte liga que pudiese obligar al emperador á una paz religiosa y política; pero los más poderosos de entre los príncipes, los electores de Sajonia y de Brandemburgo, rehusaron firmar la liga de Heilbronn y negociaron con Fernando. La derrota de Nordlingen produjo la defección general: se creía infalible la ruina de los Suecos, y los príncipes corrían á someterse á la paz de Praga para reconciliarse con el vencedor. Solamente el landgrave de Hesse y algunos condes del imperio permanecieron fieles á la alianza. Sin embargo, las convenciones de Praga no produjeron el único beneficio que podían dispensar al imperio, la paz; y la Suecia y la Francia continuaron la guerra por la libertad alemana, sin el concurso de los príncipes y hasta contra ellos. El período francés de la guerra de los treinta años fué funesto á la Casa de Austria. Fernando II, vencido y abandonado del único aliado que le quedaba, el duque de Baviera, se vió obligado á firmar la paz, y el tratado de Munster desmembró la Alemania en provecho de la Suecia y de la Francia; aseguró la libertad religiosa á los príncipes protestantes, y para garantizarla dióles una independencia casi completa, en detrimento de la unidad y de la fuerza del imperio.

II.

Los historiadores alemanes deploran la paz de Westfalia porque desgarró el imperio y le debilitó hasta el punto de ponerlo bajo la dependencia del extranjero; acusan á los príncipes protestantes de aquel funesto resultado; de haber sido ellos los que

llamaron al extranjero, los que dieron á Francia y Suecia el pretexto de la libertad alemana y de la libertad religiosa, grandes palabras con las que los enemigos de Alemania fomentaron una guerra horrorosa que, despues haber arruinado y desmembrado el imperio, destruyó su influencia política. Nosotros creemos que los príncipes protestantes no son culpables del crimen de que se les acusa; de lo que se les debe acusar es de no haber sabido defender la causa del protestantismo y hasta de haberle comprometido con sus eternas discordias, origen de su deplorable debilidad. Si hubiera de juzgarse á los príncipes del siglo XVII con arreglo á las ideas y aspiraciones del siglo XIX, indudablemente sería necesario increpar su egoísmo y falta de inteligencia de los verdaderos intereses de la patria alemana. Pero nuestras ideas y nuestras aspiraciones eran completamente desconocidas por la Alemania de aquella época. Oigamos á los contemporáneos; las pinturas que hacen Franceses y Suecos de sus aliados son todo ménos que lisonjeras para el patriotismo alemán; pero para juzgar á los hombres hay que considerarles tales como son y no como quisiéramos que fuesen (a).

Richelieu dice que los Alemanes no tienen más móvil de su conducta que el interés. "Tienen un carácter tan mercenario, que no hay promesa, por solemne que pueda ser, á la cual no falten por dinero, (1). La religion y la libertad del imperio son el primero de sus cuidados, dice el historiador del mariscal de Guebriant; y si han tomado nuestro partido más bien que el del emperador, es por codicia (2). Los Suecos hablan de sus aliados en tono todavía más despreciativo. Durante las deliberaciones de Heilbronn, ¿qué hacían los príncipes protestantes ó sus plenipotenciarios? "En vez de contribuir á su causa, dice Oxenstiern á Feuquières pasan el tiempo emborrachándose, (3). Un testigo ménos apasionado, el conde Brahe, asistió á la dieta de Francfor; su relato concuerda con los testimonios que acabamos de aducir: "Los príncipes se divierten aquí, dice, sin inquietarse cosa alguna por el bien comun; ó si en ello piensan, es para criticar á la Suecia y envidiarla la dirección de los asuntos. El duque de Sajonia hace el oficio de chis-

(a) Por este sistema no hay nada que no pueda justificarse ó condenarse.—(N. del T.)

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. IX, p. 410.

(2) LE LABOUREUR, *Hist. del mariscal de Guebriant*, p. 364.

(3) FEUQUIÈRES, *Negociaciones*, t. I, p. 40.